



Documento de Reflexión

Crónica de una desaparición forzada: Este mundo es muy chiquito¹

Mónica María Villegas Betancur²

● Resumen

Fernando –el protagonista de esta crónica– nació en el municipio de Tarazá, Antioquia y para la fecha de este escrito tendría cuarenta años. La difícil situación de su niñez, entre la pobreza, la marginalidad y la violencia trazarían las líneas de un destino difícil de eludir; huérfano de padre y madre a edad temprana y desplazado por la violencia, terminaría siendo víctima del reclutamiento y la desaparición forzada. Su juventud, su inexperiencia y su falta de pericia frente al conflicto armado lo conducirían a toparse con una mina antipersona, dando como resultado que su familia no pudiera recuperar el cadáver y el mismo terminara en una fosa común. Fernando con quien comparto vínculos de sangre, fue el motivo de inspiración para realizar la presente reflexión sobre las graves vulneraciones a los derechos humanos en el marco del conflicto armado colombiano, a finales de los 80s y principios de los 90s.

Palabras clave: Desaparición forzada, reclutamiento forzado, conflicto armado, minas antipersona, derechos humanos.

¹ Este artículo de reflexión fue escogido para ser publicado dentro de los proyectos de aula sobre graves vulneraciones a los derechos humanos, presentados en la asignatura de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, del Programa de Derecho de la Corporación Universitaria Lasallista.

² Mónica María Villegas es estudiante del Programa de Derecho de la Corporación Universitaria Lasallista (Caldas – Colombia) e integrante del Semillero de Investigación en Derecho.

Contacto: unregaloparadarse@gmail.com

FECHA RECIBIDO: 30 - 01 - 2015 / FECHA ACEPTACIÓN: 06 - 05 - 2015



Crônica de um desaparecimento forçado: Este mundo é muito pequeno

● Resumo

Fernando –o protagonista desta crônica- nasceu no município de Tarazá, Antioquia e para a data deste texto teria quarenta anos. A difícil situação de sua infância, entre a pobreza, a marginalidade e a violência traçariam as linhas de um destino difícil de eludir; órfão de pai e mãe a idade precoce e deslocado pela violência, terminaria sendo vítima do recrutamento e a desaparecimento forçada. Sua juventude, sua inexperiência e sua falta de perícia perante ao conflito armado o conduziram a topar-se com uma mina antipessoal, dando como resultado que sua família não pudesse recuperar o cadáver e o mesmo terminasse numa fossa comum. Fernando com quem compartilhou vínculos de sangue, foi o motivo de inspiração para realizar a presente reflexão sobre as graves vulnerações aos direitos humanos no marco do conflito armado colombiano, a finais dos anos 80s e princípios dos anos 90s.

Palavras Chave: Desaparição forçada, recrutamento forçado, conflito armado, minas antipessoal, direitos humanos.

Chronicle of a forced disappearance: This is a small world

● Abstract

Fernando –the protagonist of this story- was born in Tarazá, Antioquia, Colombia, and would be 40 years old at the time this paper is written. His hard childhood, which took place surrounded by poverty, marginality and violence, traced the lines of a hard fate to elude. He became an orphan at a very early age and was displaced from his homeland due to violence and at the end he became a victim of forced recruitment as a soldier for an illegal group and, later, a victim of forced disappearance. His youth, inexperience and lack of skills to face armed conflict would lead him to step on a landmine, and his family could never recover his body, which ended up in a mass grave. Fernando, who is a relative of mine, was the inspiration to make this reflection about the violations to human rights made within the Colombian armed conflict at the end of the 80's and the first years of the 90's.

Key words: Forced disappearance, forced recruitment, armed conflict, landmines, human rights.

● Introducción

El presente texto refiere a una historia real y cercana a la realidad de quien escribe, ocurrida en la subregión del Bajo Cauca en el Departamento de Antioquia, a finales de los años 80s e inicios de los 90s. Las líneas de esta crónica son el resultado de la evocación a mi memoria infantil, sólo acudiendo a ella intento contar la historia de un hombre que vivió en un pueblo que en honor a un antiguo cacique denominaron Tarazá; por ello procuro la descripción aproximada de las sucesión de imágenes, sonidos y palabras.

Recuerdo a Fernando a través de las palabras de mi madre y de mi propia vivencia, lo recuerdo hoy en este proyecto aula de asignatura de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, donde intento de una manera pobre pero sentida, elevar su memoria y poner en práctica lo aprendido, en el marco de la sensibilidad y la ironía que me asiste.

Este mundo es muy chiquito

Qué sino, qué viento sopló ese día, cuando se lanzó al aire la moneda de mi suerte, ese día en que los muslos de mi tierna madre se abrían con dolor y yo seguía el camino de su útero hasta abrir la pesada puerta de la vida, quien lanzó al aire la moneda de mi destino el día en que de mis ojos brotó la primera lagrima y de mi boca el primer gemido.

Eso fue hace tanto tiempo, pero el tiempo es eterno y mi memoria frágil, esta memoria que ni siquiera me pertenece, dispensen ustedes que estas palabras ya no son mías, como quisiera ser yo el que relate esta historia, mi historia, una historia anónima, una historia de baúl que hay que desenterrar...

El día en que nací era uno cualquiera, el sol se erigía imponente como naturalmente sucede a una

altura escasa del nivel del mar, era un día soleado, seguro debió serlo, porque en la tierra donde nací llovía poco, además el sol penetrante zanjeada los surcos de las pieles hasta envejecerlas, las misteriosas aguas del Cauca fuente de vida y sustento de los pescadores arrullaron mi humilde cuna, fue entre ellas, las canciones de mi madre y las risas de mis hermanos que concilié los sueños.

Mi casa era demasiado humilde tan humilde que la visita más frecuente era el hambre, los cancelos agrietados y perforados por la polilla que sí tenía que comer dejaban atravesar los chorros de luz, los pisos en tierra mona, compacta y brillante, el techo de palma de iraca seca refrescaba un clima semejante al infierno, no obstante en tiempo de lluvia nosotros odiábamos a la vendita iraca, los goterones atravesaban y empapaban los colchones de paja, entonces mi madre y mis hermanos corrían de un lado para otro con las poncheras, los baldes, las ollas y las tazas. La tierra y el río naturalmente consagraban la lluvia, mientras nosotros queríamos espantarla, he ahí mi primera contradicción ¿cómo odiar la iraca que cubría mi casa y cómo odiar la lluvia que alimentaba la tierra y limpiaba el río?

Los sapos continuaban con esa danza de lluvia que nosotros agradecíamos pero también odiábamos, al otro día el solar amanecía fresco lleno de gólicas de roció y las aguas del Cauca se escuchaban rugir arrastrando piedras, arboles, canoas y cadáveres; -pobrecita mi tierra asolada por el sol, la pobreza y la violencia- después de los niños corrían y jugaban, aquellos que tenían boticas pantaneras saltaban sobre los charcos y los que no, también, pero nos llenábamos de candelillas, casi ningún niño tenía zapatos entonces nos cogía una rasquiña que poco a poco nos agrietaba la piel de los pies elevando un olor a rancio, literalmente se nos podrían los pies, pero que feliz es uno de niño, que no sabe que es la pobreza aunque la padece, que no sabe que es podrirse vivo y que no sabe de cadáveres en el río.



Mi hermosa madre, más temprano que tarde, me dejó al cuidado de mis hermanos que también eran niños, ella debía trabajar para espantar el llanto y el aullido de la apetencia; ahí por primera vez supe del abandono, pobre madre, esposa de un alcohólico que la golpeaba, mi madre minera, cocinera, pero sobre todo madre, pobrecita cargando del restaurante donde laboraba su comida para partirla entre Lilian, Patricia, Rosalba, Diana, Henri y por supuesto, yo, Fernando.

Se me dijo una vez que antes de que yo naciera murieron dos hermanas, creo que llegué a pensar que bien por ellas que se libraron de este infierno, ellas, según decía mi madre estaban en el cielo, lugar a donde van todos los niños buenos y puros, porque es que los niños no tienen pecado, eso decía mi inocente madre, pero ¿qué fue entonces lo que pasó con mis hermanos y conmigo que también éramos niños?

Los niños que íbamos a la escuela por el camino de la vereda cargábamos las mochilas con los cuadernos, esa escuelita más bien parecía un patio con escuela, en esa escuelita no aprendí ni la seña de mi nombre, escuelita de pobres miserables; pobrecita mi maestra de escuela rural, maestra de niños sin voz, sin fuerza, sin futuro, educadora sin transmisión, sin eco, sin réplica, su voz cansada lanzada al viento como hondas sin retorno, porque sé que ella sabía que educaba a niños vivientes, pero inexistentes ante una sociedad cada vez más indiferente en medio de derechos lejanos y extraños.

No aprendí nada, pero cómo amaba ese patio con dos salones donde mi maestra, ser con luz pero ensombrecida pintaba con tiza y ya cansada un sol entre las nubes, dibujo que todos los niños debíamos pintar, y cuando ya inundada de desgano nos pedía mirar a través de las ventanas un paisaje desolado, así veía yo por entre esas ventanas abarrotadas un paisaje siniestro, sin embargo, qué feliz era entre otros niños, hermanos de mi desgracia, hermanos mi sino.

Las niñas con un poco de suerte terminarían siendo las prostitutas de los bares del pueblo, otras igual que los niños terminarían entre las filas de las guerrillas, no sé si se salvarían los niños de aquellas familias con un poco de cancha y con parientes en la ciudad que por la fuerza abandonarían sus casuchas para terminar de arrimados en el mejor de los casos en casa de un pariente caritativo otras, en cambio, en la indigencia de las ciudades más prosperas de este miserable país.

Mis hermanas no alcanzaron a madurar cuando ya habían dejado la casa, ellas consiguieron esposos y escaparon, yo no tenía más remedio que esperar la edad apropiada para la evasión, una edad donde los hombres y las mujeres se declaraban hombres aun sin serlo, empero, eso jamás ocurrió.

Los más pequeños quedamos al cuidado de hermanos aún menores, viendo lo que mis dos hermanas por fin dejaron de ver y de padecer, entonces mi madre me llevaba al lugar de trabajo y mientras ella pelaba las gallinas, yo jugaba con los hijos de la dueña del restaurante. Mi presencia ocasionaba algunos problemas pero a mi madre era difícil despedirla, pues nadie rendía en la labor como ella, una vez renunció pero volvieron a buscarla, no obstante, un día y no sé cómo, ni porqué, tuvo una discusión con el esposo de la dueña, reclamó su liquidación y por ejercer su derecho, él la liquidó del mundo.

Yo estaba allí, viendo como ella se arrastraba intentando vivir, la vi levantarse una y otra vez sosteniéndose de las paredes, mientras rogaba por su vida, gritaba por nosotros, sus hijos, entonces se clausuró en su boca los gemidos, sus ojos café se cerraron, también se oscureció la vida que llevaba en el vientre, la muerte encontró a mi hermano en el abdomen de mi madre, ella y él que compartían todo, compartieron el mismo destino, creo que según sus palabras –ella debe estar en el paraíso, porque si los niños que son puros y buenos van al cielo, mi hermano al no conocer la vida sería más bueno y más puro y sin pecado, entonces él quizás tuvo derecho a dos boletos.

Ese día mi suerte se selló, se eliminaron las puertas y se malogró mi corazón infantil, odie y odie como odian los hombre, lloré con rabia y con dolor, maldije ser un niño, maldije y me maldije por tener los puños débiles, por no haber tenido la fuerza para defender a mí madre. Ese lunes 31 de octubre un hombre terminó de torcer la ruta de mi destino, la moneda lanzada al aire y suspendida en el tiempo termino de caer, y a mí me tocó la cruz.

Días después mis hermanos pequeños y yo fuimos repartidos como se parte un pan que nadie quiere, como se parte una pesada carga que nadie codicia; entonces mi padre antes de vernos partir rumbo a Barraquilla, nos juró vengarla, pero el dedo de la muerte tocó su hígado, lo hizo negro, duro, y lo pudrió, dicen que murió por borracho, otros dicen que por remordimiento, el caso es que murió a los tres meses sin cumplir su promesa.

Yo debía crecer, hacerme hombre y consumir su juramento, esa promesa era más mía que de otros, yo debía hacer mi propia justicia, porque la justicia de los hombres nunca llegó a poner un dedo sobre el asesino, la justicia ciega tenía el precio que un ruin podía pagar.

Así fui creciendo en Barranquilla en casa de tías paternas, de una tías que nunca quisieron a mi padre por ser un hijo bastardo y yo no era otra cosa que la continuidad, la extensión de esa ilegitimidad, empero debía sobrevivir y crecer para poder regresar a mi tierra natal.

Ese día llegó, pero aún no era un hombre, regresé sin estar listo a esa casucha que en nada había cambiado, los mismos cancelos vencidos, la misma tierra mona compacta, la misma casa sin baño, sin agua, sin energía y lo peor de todo, sin mi madre, en esa casita de techos de paja vivía mi hermana con sus pequeñas hijas, el pueblo miserable casi no había cambiado, parecía que el tiempo se hubiese estancado en una imagen lúgubre.

En cambio la violencia sí había prosperado, no obstante, abundara la minería y la siembra de coca, la tierra se teñía de sangre todos los días, por las aguas oscuras del Cauca corrían como si fuera lo más natural, los cadáveres y las redes de los pescadores atrapaban difuntos con la misma facilidad que capturaban bagres, doradas, blanquillos, barbudos y bocachicos, era común que al momento de preparar el pescado apareciera dentro de sus entrañas el dedo de algún cristiano.

Abundaban los enfrentamientos, los boleteos, los toques de queda, las reuniones clandestinas y los panfletos alusivos a los diferentes grupos guerrilleros que invitaban a unirse a sus filas, a luchar por un cambio político, por la restauración de la patria, así iban ganando simpatizantes, adeptos o enemigos, el pueblo parecía dividido por las ideologías, los serviles al Estado, es decir al ejército o a grupos paramilitares que aún no lograban pelear y los demás a las guerrillas.

Los que no eran partidarios de ninguno grupo porque era gente que quería vivir tranquila, se les acusaba de ser de allí o de allá, bien un traidor, un colaborador o un simpatizante del ejército o de la guerrilla, en todo caso esta gente era desplazada o convertida en difunta, así mataron a Camilito, un señor que siempre se ganó el pan como Dios manda, una tarde se negó a prestar su kiosco para realizar una reunión para el reclutamiento, esto le convirtió en flanco de amenazas hasta que por fin un día se decidieron y le dieron un balazo en la frente, o la pobre de Paloma madre de doce hijos, de los cuales varios habían sido arrancados de su seno, ya la guerrilla había llegado una noche hasta su rancho plástica alumbrando con linternas y seleccionó entre ellos los más grandecitos, meses después, el ejército la amenazó hasta que ella dijo que por su solar sí había pasado la guerrilla, así esta señora sustento de los Palomitos terminó asesinada frente a sus hijos con un letrero en el cuello que decía "por sapa".



Mis antiguos compañeros de clases y de juegos comenzaban a tomar partido, unos accedían y se alistaban en las filas guerrilleras, otros eran llevados por la fuerza y sino fusilados frente a sus padres, entonces, los vecinos y conocidos que tenía familiares en la ciudad empezaron a emigrar, creo que los que nos quedamos no teníamos otra alternativa que dejar nuestras vidas en manos del azar, que iba yo a regresar donde mis tías, si es lo mismo un muerto sin dolientes en Taraza o en Barranquilla, así que me quedé, además yo tenía algo que hacer, una promesa que cumplir.

Con mi amigo Mirocho que era un poco mayor que yo, me puse de lavador de carros, eso para ayudar a mis hermanas; donde Lilian me quedé unos días, pero fue insoportable vivir en la casa donde vivió mi madre, mi hermana vivía con el hermano de su asesino, así que acudí donde Patricia, no sé qué paso, pero juzgo que la distancia y los casi ocho años que viví en Barranquilla habían rotó los lazos del cariño que se tienen los hermanos, en fin, allí no estuve mucho tiempo.

A los quince años ya empezaba a asechar al verdugo de mi madre, a idear más concretamente el cómo sería su muerte. Me mantenía con deseos de vivir el odio, sentimiento que jamás desarraigó mi corazón, llegué incluso a pensar ante tanta impotencia devolverle el agravio matando a su madre, deseaba con todas las fuerzas apuñalar el vientre que parió el monstruo que torció mi destino, pero como dejar a mis sobrinas sin abuela paterna, como arrancarle a mi cuñado Colacho a su madre, si él no tenía la culpa de tener un hermano mezquino.

Comencé a asistir a las reuniones guerrilleras porque sólo de este modo podría consumir mi sed de venganza, eso fue hasta que Mirocho me convenció de lo contrario, me dijo que adentro, muy adentro en el monte se estaban necesitando mineros, la cosa estaba tan dura que los muchachos no querían trabajar en la espesura; considerando la paga acepté la oferta, no había

nada que perder, por el contrario mucho que ganar, yo no tenía casa, estaba del timbo al timbo con los chiros en bolsas; allí por lo menos tendría una ranca plástica para dormir, comida y un sueldo seguro, entre tanto ahorraría, me haría fuerte, me haría un hombre, y un día saldría al pueblo, me toparía con el homicida de mi madre y consumaría mi venganza.

En efecto nos hicimos mineros, ya tenía ranca, comida y sueldo, a veces cuando podía salir de la mina antes de ir al pueblo, pasaba por la vereda, saludaba a mis sobrinas y preguntaba a mis hermanas como marchaban las cosas, todo se encaminaba a peor, nunca una buena noticia, que se llevaron a tal, que mataron a perano, que amenazaron...

Después de esa corta visita me dirigía como un hombre con los zapatos embarrados a los prostíbulos del pueblo, allí gastaba la plata bebiendo y con mujeres, entre las canciones: Cruz de Madera y Billete Verde, en uno de tantos antros conocí a Rosa un mujer mayor, ya cada vez que tenía oportunidad regresaba al mismo lugar y a los mismos brazos, creo que me enamoré, y más, el día en que ella me dijo que había dejado de sangrar y esperaba un hijo mío.

Me propuse reservar dinero para comprarme mi propio motor y hacerme minero independiente, debía sacarla de esa vida, hacerla mi esposa, ser un buen padre para mi hijo, para ese tiempo tenía 17 años. Semanas después, Mirocho me expresó que debíamos abandonar la mina, que la guerrilla estaba lindante reclutando gente joven para que sirviera en sus filas, le dije que cómo nos íbamos a ir, que todavía nos adeudaban dinero, ante la insistencia de mi amigo empaqué mi ropa, pero ya de noche al salir la guerrilla llegó a la mina, esa noche nos reclutaron, pese a la insistencia del dueño de los motores que por conocer algunos guerrilleros abogó por nosotros, "que éramos muy jóvenes y gente buena"; de nada sirvió la intervención, pues al escuchar estas palabras

los guerrillos le contestaron que eso era lo que necesitaban.

La caminata esa noche fue larga, parecía que el monte y su espesura nos devorada, a la luz de la luna y de unas pocas lámparas seguía la senda de un destino que alejaba cada vez más de Rosa y de mi hijo. Tras la marcha siempre constante de la tropa pensaba que yo ya no quería este tipo de lucha, yo quería ser padre, yo quería estar en brazos de Rosa, ¿qué pensaría Rosa, cuando no volviera a buscarla, pensaría, que le di la espalda sin importarme su suerte y la suerte de la semilla que crecía en su vientre?

Al llegar al campamento de inmediato se me apodó el Chimpancé, eso quizás fue por mi corta estatura y mis piernas abiertas como tijeras, en todo caso mi nombre en el campamento fue borrado, en las reuniones de adoctrinamiento se nos advirtió que no se perdonaba la delación, la desertión, ni la dejación de las armas en combate. Poco se nos dejaba salir al pueblo, pero cuando franqueaba la vereda, fuera la hora que fuese tocaba la puerta de la casa que una vez fue de mi madre, le pedía a Lilian comida decente, lo que tuviera en las ollas porque uno uniformado de guerrillero y con fusil no puede dar papaya, las niñas siempre estaban dormidas, mi cuñado que era muy distinto a su hermano sufría por mí, le pedía a mi hermana que me empacara algo para el camino, a ellos pude volver a verlos, pero de Rosa no volví a saber nada, entre los compañeros nos hacíamos favores, ellos preguntaban en el pueblo, por su nombre o con descripciones, nadie dio respuestas, quizás pensó que me era indiferente su destino.

Yo debía aguantar hasta encontrarla, pero ninguna de las dos cosas sucedió, no la encontré ni aguanté, en un enfrentamiento en Barro Blanco para dentro, mis cortas piernas se toparon con una mina antipersona, mi cuerpo quedo sin panteón, sin llanto, sin banda tocando, sin cruz de madera y sin las canciones que más me agradaban, no hubo bendiciones a mi madre, ni adiós a lindas mujeres,

ni hermosos lugares, si hubo en cambio un luto adentro y una tierra juntada, y un muerto que no es nada, así terminaron mis males, porque este mundo es muy chiquito y yo lo anduve rodando (Fragmento canción popular La Cruz de Madera).

Ahora mi nombre no está en ninguna página, ningún periódico habló de mí, mi memoria se erige como una bandera blanca en los jardines del olvido y es que mi voz no tiene eco, no hay quien escuche una voz silenciada entre tejidos mortecinos.

Homenaje a todos los muertos y desaparecidos.

● Reflexión

El anterior relato es una historia particular que describe no sólo la realidad encarnada del personaje, va muchos más allá y se ciñe al contexto de los campos colombianos golpeados por la violencia, la marginalidad, la pobreza, la desigualdad y la indiferencia; son muchos los territorios de este desangrado país donde la historia se repite. Este relato bien podría ser otro, la experiencia de otro personaje, de otra persona, en otro municipio o pueblo y con otro grupo agresor.

Esta crónica no es sólo la historia de un hombre, es la historia de una nación que camina entre los escombros de la muerte, entre actos de barbarie, de violación a los derechos humanos y del derecho internacional humanitario. Es la historia de un conflicto interno que deshumaniza y conduce a la indiferencia por la vida y la degradación (Centro de Memoria Histórica, 2013). Basta con mirar los noticieros y los diarios amarillistas, basta con observar reflexivamente las estadísticas: Colombia con *"220.000 personas asesinadas, 25.007 desaparecidas, 5.712.506 desplazados, 16.340 asesinatos selectivos, 1.982 masacres, 27.023 secuestrados, 1.754 víctimas de violencia sexual y 6.421 casos de reclutamiento forzado"* (El País, 2013). En ese mismo sentido, se ha permitido en los campos el remplazo de la flor de la Granada



por granadas cargadas de pólvora y por las minas antipersonas, estas últimas hacen a Colombia uno de los pocos países del mundo en utilizarlas (El Tiempo, 2014) y el único en América Latina

● Referencias

Centro de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de Guerra y dignidad*: Disponible en: www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/.../descargas.html

El Tiempo. (2014). Colombia, el país con más víctimas de minas antipersonas en 2013. Disponible en: www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13774758

El País. (2013). *Memorias del conflicto armado: cifras de la guerra en Colombia en los últimos 54 años*: Disponible en: [www.elpais.com.co/...](http://www.elpais.com.co/)

La Cruz de Madera. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=TxBlqZB_fqQ